

misma de amigo tan grande
de la calle de Marcela
me trajistes á su calle!
¡vientos, por quien he perdido
que me vea y que me hable,
templad la furia del día,
y en pardas nubes bañadle:
que si crece el sol que sale,
volveráse la tia: dirá que es tarde.

Bel. ¡Vientos, que en Madrid soleis
llevar de sus sucias calles
mas liquidambar y algalia
que hay en treinta Portugales!
pues sois tan claros y puros
que no hay cosa que le dañe,
respeto de vuestra fuerza
amorosa y saludable,
cubrid con un garabato,
hasta que su furia pase,
la cara del sol, y en Indias
tenga la fiesta con Daphnes:
que si crece el sol que sale,
volverásemi tolo, dirá que es tarde.

*Vanse; y salen Marcela, Octavio
y Saldicio.*

Marc. Suplico á vuesa merced
me deje ir sola. *Oct.* Quisiera
solo que se descubriera;
y me hiciera gran merced.

Marc. No me puedo descubrir,
que vengo á ver cierta cosa.

Oct. ¿Estais por dicha zelosa?

Marc. Mis zelos vengo á seguir.

Oct. Encontrado nos habemos,
que á lo mismo vengo yo;
y pues amor nos juntó,
las desdichas nos contemos.

Marc. Yo vengo á ver si aquí viene
un hombre á ver una dama
que toma acero, y que es fama
que alguna blandura tiene.

Oct. Yo vengo á ver si otra sale
á pasear cierto acero,
ó á hablar algun caballero.

Marc. ¡Qué así el amor nos iguale!
¡que así nos mate á los dos
con un mismo acero! *Oct.* El mio
me mata de agudo y frío:
¿cómo os hiere y mata á vos?

Marc. A mí me mató el acero;
porque á la sazón que ardía,
se templó en el agua fria
y mudó el temple primero.

Sal. Dos damas vienen allí:
pienso que las tuyas son.

Marc. Si son vuestras, mi pasión
y la vuestra andan allí
en el yugo de los zelos
arando enojos, sembrando
penas; y pues van llegando,
así os remedien los zelos,
que me las dejeis hablar.

Oct. Bien podeis: que yo no tengo

Salen Belisa, Teodora y Leonor.

licencia de hablarlas. *Bel.* Vengo
llena de enojo y pesar
de lo que habemos tardado.

Teod. Allí están: hablarlos puedeis.

Marc. Dios guarde á vuestas mercedes
que así vuelven cielo el Prado.

Bel. Mejor se dirá por vos
y ese tallazo gallardo.

Ris. Una tapada, Lisardo,
se llega á hablar con las dos.

Lis. ¿Quién será?

Ris. No sé. Sospecho
que estorbo nos ha de hacer.

Bel. No me puedo detener,
que traigo acero en el pecho.
Suplicoos me deis lugar.

Marc. Tengo que hablar, reyna mía,
con vuestra señora tia.

Teod. ¿A mí! ¿me quereis hablar?

Marc. A vos, *Teod.* ¿Sobre qué?

Marc. Allí enfrente
ciertos hidalgos están.

Teod. Ya los veo, *Marc.* Aquel galan
que la mira tiernamente
es mi marido. *Teod.* Pues bien:
guárdeosle Dios, que es gallardo.

Marc. Sé que dá gusto á Lisardo
fingiendo quererla bien.

Yo, porque tenga lugar
de hacer mejor este embuste
mientras que Belisa guste,
otorgo que os pueda hablar.
Ayer le cerré mi puerta:
fué á verme, y hallóla así:
á sus lagrimas abrí:

de milagro no estoy muerta.
Hubo daguita, y querer
romper una zelosia.

Aunque mil firmas tenia,
y puedo ser su muger,
por serviros y que vea
Madrid, que lo nuevo agrada,

una hipócrita casada,
le dejo que os hable y vea.
Esto me ha traído al Prado:
no contiene mas la historia:
aquí gracia, y despues gloria.
Teod. ¡Qué mal habeis predicado!
Advertid que ni Lisardo
habló jamas con Belisa,
como algun necio os avisa,
de quien la venganza aguardo,
ni el hábito que profeso
es para burlas de amor:
porque bien sabe el Señor
cuán lejos va el alma de eso.
Él encamine la vuestra
á su servicio. *Marc.* ¡Oh, qué bien!
ya, ya os conozco. Tambien
él me lo cuenta y me muestra
vuestros muy necios papeles.
Teod. Vos lo sois tanto, que fuera
mejor que oido no hubiera
disparates tan crueles.
Alguna debeis de ser
de estas de guadamecí.
Marc. ¡Jesus! ¡vos habláis así?
aún no lo puedo creer.
Besad la tierra: rezad
un rosario. *Bel.* ¡Quedo! ¡quedo!
que á no tener justo miedo
de otra mayor libertad,
yo castigára la vuestra.
Marc. Paso, señora Belisa.

Salgan Florencio y Gerardo.

Flor. Por dónde vino me avisa.
Ger. ¡No ves el perro de muestra?
Flor. ¡Alto! Riselo está allí:
no estará la perdiz lejos.
Teod. Tomaré vuestros consejos:
harélo, Marcela, así.
Bel. ¡Cómo hablas de esa suerte?
Teod. ¡Ah Belisa! he visto á Octavio.
Ris. ¡Quién es, Lisardo, tan sabio
que á sufrir zelos acierte?
Ahora acabo de ver
á Florencio: la señora
que está hablando con Teodora
Marcela debe de ser.
Tu negocio vá perdido,
y el mio está por el suelo.
Lis. ¡Habrà mas fortunas, cielo!
Marc. Pues con esto me despido.
Allí he visto un caballero,
y con él me quiero ir.

Teod. No tengo mas que os decir:
que de ser muy vuestra espero.
Marc. ¡Florencio mio! *Flor.* ¡Señora!
mira que está allí Riselo.
Marc. Solo por tí me desvelo.
Ris. ¡Vive el cielo que la adora!
¡Esto tengo de sufrir?
Oct. Pues á nadie habla mi esposa,
páreceme justa cosa
irla á hablar. *Sal.* Bien puedes ir.
Oct. ¡Belisa mia! *Bel.* Señor...
Lis. ¡Que bien á entrambos nos fué!
¡Es su primo aquel? *Ris.* No sé:
solo siento mi dolor.
Sal. ¡Señora Leonor! *Leon.* Amigo...
Sal. ¡Al campo tan de mañana?
Leon. Tomo acero.
Sal. Pues, hermana,
no tenga aceros conmigo,
que soy muy su servidor.
Belt. ¡Buena mañana de mayo!
aun trajo el primo un lacayo
para que hablase á Leonor.
Flor. Ven, Marcela, por aquí:
entrarás á ver la huerta
del señor Duque.
Marc. ¡Esta abierta?
Flor. Llego: que pienso que sí.
Llama al alcaýde, Gerardo.
Ger. Ya voy.
Marc. ¡Cuán bien, justo cielo,
me vengaste de Riselo!

(Váyanse.)

Ris. No me detengas, Lisardo.
Lis. Pues yo sufro que esté Octavio
con Belisa de esta suerte,
sufre tú. *Ris.* ¡Puede haber muerte
que se compare á mi agravio?
¡Nunca yo viera á Teodora!
Oct. Vamos á ver estas fuentes,
si cansada no te sientes.
Bel. No podrán todas ahora
templar mi fuego. *Teod.* ¡Y á mí
que templanza me dá el cielo?
¡es bien hecho que Riselo
me haya engañado por tí?
Bel. ¡No puede ser que zelosa
haya esa muger mentido?
Teod. Ni él ha de ser mi marido,
ni tú de Lisardo esposa. *(Vanse.)*
Ris. ¡Buenos habemos quedado!
Lis. ¡Gentil madrugada ha sido!
aun con Beltran no he podido
dar á Leonor un recado.
Belt. ¡Qué aún no me pudo este agravio

perdonar! Basta... Silencio.
Ris. Juntos Marcela y Florencio.

Lis. Juntos Belisa y Octavio.

Belt. Juntos Leonor y Salúcio.

Ris. ¡Con mi enemigo, traydora!

Lis. ¡Con un extraño, señora!

Belt. Vil, ¡con un hombre tan súcio!

Ris. ¡Que requiebrándose van

Marcela y Florencio!

Lis.

¡Oh Dios!

¡que vayan juntos los dos...!

¡Qué me aconsejas, Beltran?

Belt. Oid. *Lis.* Di presto.

Belt.

El sol arde:

una exclamacion decid

á los ayres de Madrid

porque en las nubes aguarde:

que si crece el sol que sale,

volveráse la niña: dirá que es tarde.

(*Vanse.*)

ACTO TERCERO.

Salen Prudencio y Teodora.

Prud. **H**oy he sabido del curial de Roma
 que la dispensacion, Teodora, vino;
 y la pienso tener antes que coma.

Teod. Abrevió tu cuidado su camino.

Prud. Cuando una cosa del honor se toma
 á cargo, y mucho mas por tal sobrino,
 todo se abrevia, facilita y hace.

Teod. Merece amor. *Prud.* Del que le tengo nace.

Estoy de que se acerque el casamiento,
 por vivir de Belisa descuidado,
 con Octavio, Teodora, muy contento;
 pero hame puesto un miedo en gran cuidado.

Teod. ¿Cómo? *Prud.* Si miro esta muchacha atento,
 despues de haberla, como ves, curado,
 con mas opilacion que antes la veo:
 que no está sana de sus males creo.

¿De qué ha servido el médico, el jarabe,
 el paseo, el acero y las mañanas
 de todo un mes? ó el médico no sabe,
 ó son al alma medicinas vanas.

No me parece el médico hombre grave:
 tras esto, á mil señoras cortesanas,
 que por Belisa me preguntan, digo
 su nombre: esto es hablar claro contigo.

No le conoce nadie, ni en la córte

hay médico Beltran. Yo con aquesto,
 por lo que al bien de nuestro honor importe,
 mas bien los ojos en Belisa he puesto.

Si no es que haber ido me reporte
 con ella tú, cuyo consejo honesto,
 severidad y santidad son ciertas,
 dijera mil malicias encubiertas.

Crece la opilacion; y opilaciones
 no estan jamas en rostros colorados:

¡opilada, y color! *Teod.* ¿En eso pones

tu pensamiento? *Prud.* Hablemos declarados:

yo he sospechado de estas estaciones,
sotos, huertas, paseos, quintas, prados,
que alguna vez que te dormiste, hermana,
dejó Belisa el coro de Diana.

Madrugabas, Teodora, y desvelada
en lo fresco del campo dormirías:
en lo demas, si tu virtud me agrada,
te lo dirán las alabanzas mías.

Teod. La blanca edad, á quien la verde enfada,
y siempre pone á su inocencia espías,
siempre, Prudencio, es maliciosa, y piensa
en la mayor bondad mayor ofensa.

Belisa, de tu hermana acompañada,
¿ pudiera en solo un átomo ofenderte?
¿ juzga del cielo la armonia parada
sin que su movimiento se concierte:
dormidos Luna y sol, y la estrellada
máquina fija en la columna fuerte
de sus dos ejes. Antes que pudiera
dormir Teodora, el tiempo se durmiera.

Prud. Calla: que hay varas de Mercurio sabio
que aduermen ojos de Argos veladores.

Teod. No los hubiera en mí para tu agravio:
mis ojos fueran siempre vencedores.

Prud. Conmigo mismo no moviera el labio
en materia de honor; á los mayores
se perdonan mil cosas; y contigo
hablo con el mayor deudo y amigo.
Por la dispensacion partirme quiero,
y efectuar el casamiento, hermana,
si no lo estorba aqueste negro acero:

¿ nunca saliera la primer mañana! *(Váyase.)*
Teod. Corrida estoy: lo mismo considero
que está Belisa; y no es sospecha vana:
pienso que me burló con el anzuelo
de los amores falsos de Riselo.

Sale Belisa.

Bel. Aguardando estaba aquí
á que mi padre se fuese.

Teod. ¡Ay sobrina! no te pese
de que esto te diga así.

Tu padre está sospechoso
de verte mas opilada
tras el acero, ó la espada,
de nuestro honor generoso.

Vino la dispensacion;
y conmigo se declara,
en que dice que repara
en tu negra opilacion.

Y no es mucho, porque yo
casi en lo mismo reparo
que tienes. Háblame claro:
dime si amor te burló.

Los hombres saben muy bien
negociar con humildad:
fingen grande honestidad:
solo quieren que les den
una mano; pero asida,
no se les suelta la presa
hasta que el honor confiesa
que está la guarda perdida.
Informóse del doctor;
y no hay tal doctor Beltran:
de que sospechas le dan
que se atreven á tu honor.
Solo le ha tenido á raya
ver que yo contigo fui;
mas dice que me dormí,
y que no importa que vaya.
En esto tiene razon:
harto dormida vivía

cuando la Sirena oía
 del mar de mi perdición.
 Buen sueño los dos me echastes
 en Riselo: bien dormí
 mientras liviana creí
 lo que los tres concertastes.
 Bien sé que porque os reñía
 con tan loco desatino,
 me apartastes del camino
 de la virtud que seguía.
 Dejé luego, ¡ay, nunca fuera!
 mis devociones, traydores;
 y á vuestros locos amores
 di mas lugar que quisiera.
 Oratorios y rosarios
 troqué en papeles tan necios.
 cuanto muestran los desprecios
 y ven los fines contrarios.
 Luego traté de casarme:
 yo, que del mundo el imperio
 por el menor monasterio
 no trocará sin trocarme.
 Veis aquí de qué sirvió:
 yo sin Riselo engañada,
 y aun pienso que tú burlada:
 ¡ay si me engañase yo!
Bel. Tía de mis ojos,
 escucheme atenta,
 pues de mis desdichas
 le han dado sospechas.
 Aquel mancebuto
 que me vió en la iglesia
 de San Sebastian,
 me tiró mil flechas.
 De éllas con los ojos,
 de éllas con terceras,
 unas en palabras,
 y otras en promesas.
 A la Trinidad,
 por que me valiera,
 me fui desde entonces
 domingos y fiestas.
 Debí de ser ángel
 pues se vino á élla;
 y para mirarme
 se puso mas cerca.
 De carne nacimos:
 no somos de piedra:
 si las siguen mucho,
 ríndense las fieras.
 Del broncee mas duro,
 si al fuego le llegan,
 hacen mil figuras
 por la blanda arena.
 De un mármol, que nace

dentro de una sierra,
 hacen una ninfa
 de una fuente bella.
 ¡Qué mucho, señora!
 que se muestre tierna
 á ruegos de un hombre
 la mayor flaqueza!
 Por poder hablarle
 ¡nunca yo pudiera!
 me fingi opilada,
 pálida, y enferma.
 Hizo el caballero
 que á curar viniera
 Beltran, su lacayo,
 mi amorosa pena:
 y que aquel su amigo
 fingiese quererla
 porque nos dejase
 proseguir la empresa.
 Dírame un jarabe
 de coral y perlas
 el doctor fingido,
 y con oro á vueltas.
 Pensaba mi padre
 ¡oh qué mal lo piensa!
 que tomaba acero,
 ápio y otras yerbas.
 Salí todo el mayo,
 cuando el alba alegra
 las primeras flores
 de la primavera,
 á Atocha y al Prado:
 en cuyas carreras
 bullian los ayres
 con las hojas nuevas.
 Un día que al Soto,
 el soto que riega
 Manzanares claro,
 fuimos sin sospecha,
 élla y su Riselo
 por las alamedas
 se apartaron juntos
 un tiro de piedra:
 no de piedra, tía,
 tiro de ballesta,
 pues amor entonces
 disparó sus flechas.
 Beltran y Leonor
 sobre la ribera
 en los escondidos
 que las zarzas cercan,
 en blancas tohallas
 ponían la mesa
 para que almorzasen
 las pobres enfermas.

Lisardo entretanto,
 porque no riñera,
 solo me decía
 palabras honestas.
 Pero como estaban
 las flores risueñas
 llenas de rozío
 del aurora fresca,
 por aquestos lados
 la frescura mesma
 se me entró de suerte,
 como yo soy tierna,
 que mi opilacion
 creció de manera
 que jamas me he visto
 tan pesada y necia.
 La dispensacion
 mal venida sea:
 la que ama á otro
 todo lo desprecia.
 Suplícole, tia,
 dilate las fiestas
 hasta ver si acaso
 este bulto mengua.
 Por lo menos, tia,
 cinco meses sean,
 que bien habrá cuatro
 que pise las yerbas.

Teod. ¿Con qué paciencia, Belisa,
 podrá escucharte Teodora?
 ¿con eso vienes ahora?

Bel. Tia, amor tratado en misa
 será en servicio de Dios.
 Lisardo será mi esposo.

Teod. ¿Cómo, siendo ya forzoso
 no hablaros jamas los dos?
 La dispensacion venida,
 y Octavio hasta aquí engañado,
 harán que tu padre airado
 os quite á los dos la vida.

Bel. ¿Pues quédome yo casar
 con aqueste inconveniente?

Teod. No, mas medio conveniente
 ¿cómo te puede faltar?

Bel. ¿Qué medio puedo tener?

Teod. Dilatar tu casamiento;
 y en pariendo, en un convento
 tu libertad recoger:
 en donde, sirviendo á Dios,
 hagas penitencia de esto.

Bel. Yo negociaré mas presto
 que nos juntemos los dos.
 Entre tanto fingiré
 tal dolor de corazon,
 y de aquesta opilacion

tantos extremos haré,
 que padre y primo me dejen
 por cosa inútil. *Teod.* Quien ama,
 y aventura vida y fama,
 no quiere que le aconsejen.
 Haz lo que quisieres: yo
 no pienso ayudarte mas.

Bel. Yo sé, tia, que lo harás.

Teod. Yo sé, sobrina, que no.

Bel. Si no lo hicieres, diré
 que tú fuiste la tercera
 para que yo me perdiera.

Teod. ¿Que dices?

Bel. Que por tí fué.

Teod. ¿Comienza ya la locura?

Bel. ¿Qué terrible opilacion!

parece que el corazon
 salir del pecho procura.
 Llámenme luego un doctor.

Teod. Al fin, ¿te ayudo?

Bel. Querría...

Teod. ¿Qué tienes?

Bel. Señora tia,
 aquí, aquí tengo el dolor.

Vanse; y entren Lisardo y Riselo.

Ris. Cuando mas pienso que estoy,
 Lisardo, libre y contento,
 y que de este pensamiento
 mas lejos huyendo voy,
 entonces de los cabellos
 me arrastra, y sin resistencia
 del alma, con mas violencia
 vengo á sus puertas por ellos.
 Si esta fuera una muger
 menos diestra y entendida
 pasára segura vida;
 ¿pero cómo puede ser,
 si apenas le doy enojos,
 cuando de aquel mismo estilo
 ya me ha herido por el filo
 con un Florencio en los ojos?
 ¿Cómo la veré? que muero
 si os digo verdad. *Lis.* Muy bien:
 que conmigo su desden
 no tendrá rigor tan fiero.
 Dejadme á mi negociar:
 en mis cosas sois discreto,
 y yo en las vuestras. *Ris.* Efecto
 de amor. *Lis.* Yo quiero llamar.

Ris. Llamad: que no hay golpe ahí
 que no sienta el corazon...

¿Sale? *Lis.* Sí: chapines son.

Ris. En el alma lo senti.

Sale Marcela.

Marc. ¡Jesus! ¡quién llama, quién es?
Lis. Yo soy, Marcela.

Marc. ¿Oh Lisardo!
¿dónde queda aquel gallardo?

Lis. ¿Preguntas por lo que ves?

Marc. Ah, si, no le habia visto...

¿Qué buena venida es esta?

¡vosotros aquí! *Lis.* La fiesta

pasada... *Marc.* Apenas resisto

la risa: que no hay contento

como ver un loco amante

con invencion semejante

declarar su pensamiento.

¿Qué hay de la fiesta pasada?

Lis. Que un bizarro pretensor

vuestro, á cuyo ardiente amor

por dicha habeis dado entrada,

en una conversacion

mostró un papel de Riselo

haciendo burla. Rezelo

que puede ser ocasion

de una desgracia notable.

Merced á los dos hareis

en que los demas me deis,

y que en esto no se hable.

No es razon que de un hombre

como Riselo, y que ha sido

de vos tan favorecido,

y que ya tuvo este nombre,

anden papeles asi:

que de amor no le hay discreto

fuera del mismo sugeto.

Marc. ¡Lisardo, esa treta á mí!

¡Yo papel suyo, que ya

hasta memorias quemé!

Eso ya pasó: ya fué:

y pues acabado está,

¿para que puede ser bueno

volverlo á resucitar?

Ris. La muger me ha de matar:

estoy de cólera lleno:

el juego me ha visto. ¡Ah cielo!

¡qué poco sabe un rendido!

Lis. Bien sabes que te ha querido

y que te quiere Riselo.

No te digo que le quieras;

mas que sus prendas no des,

y no te quejes despues

si esta burla para en veras:

que, si lo aprietas, por Dios

que te haga algun pesar.

Marc. ¿Acabais de concertar

este enredillo los dos?

¿Qué pesar me puede hacer

el cuitado? está temblando.

Ris. ¿Qué bien dices, confirmando

que ya no debes de ser

mi fuego, pues temblo á tí!

que si á tí me calentára,

claro está que no temblára.

Marc. No lo entiendes bien asi.

Tiemblas del yelo, Riselo,

que has visto en mí para tí,

porque, habiendo tanto en mí,

es fuerza temblar de yelo.

¿Mas cómo vuelves acá

si no soy tu fuego yo?

Cuénteme el caso: ¿no halló

lo que imaginaba allá?

¿No me dijo que tenia

Teodora grandes secretos

para despicar discretos?

¿Qué han sido por vida mia?

¿Hallóla tonta? ¿qué vió?

¿no es limpia? ¿qué le ha pedido?

¿Cánsale el verse querido?

¿qué defectillos le halló?

¿es flaca? ¿es mal hecha? ¿es fria?

Cuénteme todo el suceso:

ya soy buena para eso.

Lis. ¿Qué notable picardia!

Dios nos libre del estado

en que está ahora Riselo.

Marc. ¿No habla?

Ris. ¿Que quiso el cielo

que un socarron despejado,

atrevido picaron,

burlador de cuantas vía,

se halle atajado este dia

á manos de su traycion!

¿Soy yo? sospecho que no:

no es posible: hasme trocado.

¡Ay Marcela! hoy has vengado

mil mugeres. *Marc.* ¿Yo?

Ris. Tú. *Marc.* ¿Yo?

Ris. Tú, pues.

Marc. ¿Luego mil mugeres

lo quieren? hanlo engañado,

Majadero confiado,

¿con eso engañarme quieres?

No estas seguro de mí,

¿y de mil lo estás? *Lis.* Es mas

tu rigor que mil: ya estás

vengada: esto hasta asi.

Por no te dar pesadumbre

nunca mas habló á Teodora.

Marcela, el hombre te adora:

tú eres de sus ojos lumbre.

Hágase aquesta amistad

con protestacion, *Marc.* No quiero

si no me jura primero
que me ha de tratar verdad.

Ris. ¿Cuándo yo no la traté?

¿cuándo tu esclavo no fui?

Marc. Hínque la rodilla aquí,
y diga así. *Ris.* Si diré.

Marc. Tuyo soy. *Ris.* Tuyo soy.

Lis. Mira
que eso parece conjuro.

Marc. Asegurarme procuro.

Lis. Tu imperio, Marcela, admira.

Marc. Ahora bien: bese la mano.

Ris. ¿Mas que quieres como mona
que te haga buzcrona?

Lis. Abrácese; y quede llano
por ciento y un año en paz
como la paz de Valencia.

(*Abrácese.*)

Ris. ¿Qué me cuestas de paciencia,
bellísima pertinaz!

Salen Florencio y Gerardo.

Flor. A buen tiempo hemos llegado.

Ger. La amistad se confirmó.

Flor. Por testigos nos llamó
de que ya se ha confirmado.

Ger. No hay que fiar en amantes
de largo trato y costumbre.

Lis. No ha de haber mas pesadumbre.

Ris. Tocas, medias, cintas, guantes
te quiero dar, prenda mia,
mañana en cas de la Hermosa,
y de una tela vistosa...

Marc. Téngase: que eso sería
gasto excesivo. *Ris.* Mi bien,
yo gusto de esto. *Marc.* Yo no:
oyga lo que quiero yo.

Ris. ¿Qué quiere élla que le den?

Marc. Doce varas de estameña
para un hábito francisco,
con que me suba en un risco
á ser frayla berroqueña;
y un poco de tafetan
para cierto escapulario.

Pero será necesario,
si lo que pido me dan,
pedir á Teodora el suyo,
para que por su medida
me le corten. *Ris.* En mi vida
vi desgarrar como el tuyo.

Marc. Ahora bien: yo quiero dar
de merendar á los dos.

Lis. ¿Tienes algo? *Marc.* Sí, por Dios.

Ris. Pues dame de merendar:
que ha tres días que por tí
solo he comido un capon,

seis conejos y un jamon.

Marc. ¿Con eso vienes así?

Ris. ¿Estoy flaco?

Marc. Estás perdido:
no comen mas seis tudescos.

Ris. Solo treinta huevos frescos
para dormir he sorbido.

Hormiguillos y almendradas
no tienen número. *Marc.* ¡Bien!

Ris. Olvidánsemé tambien...

Marc. ¿Qué?

Ris. Tres ó cuatro empanadas.

Marc. ¡Mirad lo que hay que fiar!
(*á Lis.*)

Ris. ¿Pues cuál amante lo fué
que, por zeloso que esté,
se acostase sin cenar?

(*Vánse los tres.*)

Ger. Feos habemos quedado.

Flor. Pues yo he pensado un remedio
que, si de mi mal no es medio,
es para quedar vengado.

Ger. ¿Como?

Flor. Este Lisardo adora
á Belisa. *Ger.* Así es verdad.

Flor. Y por amor ó amistad
este Riselo á Teodora.

Quiero pedirla á Prudencio
por muger; y tú tambien
pide á Teodora. *Ger.* ¡Harto bien!

Flor. Pues ten cuidado y silencio:
que yo les daré un pesar
con que me dejen la presa.

Ger. ¿Venganza terrible es esa!

Flor. Amor enseña á vengar.

Vanse; y salen Leonor y Beltrán.

Belt. No quiero satisfacciones.

¡Vive Dios que el forastero
es el que priva! *Leon.* No quiero
gastar contigo razones.

Eres un desatinado
en llegando á estar zeloso.

Belt. Ladron de casa es forzoso
que tope lo bien parado.

Este lacayo de Octavio
vive en tu casa, *Leonor:*

cobrándole vas amor:
bien me lo dice mi agravio.

¡En el Prado no te vi
hablar, *Leonor,* con Salúcio?

Leon. ¿Yo con un hombre tan súcio?

Belt. Todas lo decís así.

Yo estuve á todo presente,
y por testigo te aplico
la fuente del Abanico:

¡mira si es harto corriente!
Leon. ¡Plega á Dios que, si le quiero,
 jamas yo tenga ventura...!
 ¡Ese andrajo! ¡esa basura!
Belt. ¡Ay Leonor! es forastero,
 y no hay forastero malo,
 porque en efecto se vá,
 y así lo poco que dá

se tiene por mas regalo.

Salen Prudencio y Octavio.

Leon. ¡Ay Beltran, que mi señor
 y Octavio vienen allí!

Belt. Súbete arriba. *Leon.* ¡Ay de mí!
Belt. Temblando estoy de temor.

Prud. ¡Un hombre en el portal! *Oct.* Llegá, Salúcio:
 mira quien está allí. *Prud.* Con estos zelos
 yo propio miraré quien es el hombre...

¡Qué buscais, gentil hombre, en esta casa?
Belt. Señor, pasaba cierto forastero
 de mi tierra, y estoy no bien vestido;
 y quiselo esperar aquí escondido.

Oct. ¡Prudencio! *Prud.* ¡Octavio! *Oct.* O yo he perdido el seso,
 ó es aqueste el doctor que visitaba
 á Belisa mi esposa. *Prud.* ¡Santo cielo!
 ¡pues el doctor en hábito lacayo!

Belt. ¿Mandais alguna cosa? *Prud.* Oid un poco:
 ¡no sois vos el doctor? *Belt.* Ya caygo en ello.

Tengo un hermano aquí que me parece;
 somos de la Montaña y gente pobre.
 Servia en Salamanca al doctor Sória:
 aprovechóse bien y graduóse
 por un colegio, y vino á la córte.
 Súpelo en Cangas: vine á que me hiciese
 algun bien; y mirándome tan roto,
 negó que era su hermano. Yo afligido
 metime, como veis, lacayo. *Prud.* ¡Y cómo
 se llama ese doctor? *Belt.* Beltran se llama.

Prud. ¿Y vos? *Belt.* Beltrán tambien: porque nosotros
 de aquel famoso ciego descendemos
 que llevó por la puente de Alcolea
 los ciento y veinte ciegos. *Oct.* No me agrada.

Prud. Ni á mí tampoco. *Oct.* Sea verdad que el hábito
 mucho de lo que vi lo diferencia;
 mas, ¡vive Dios, el rostro, el habla, el talle
 que son del doctor mismo! *Prud.* Pues, sobrino,
 yo quiero hablar con vos distintamente:

mi sangre sois y no mi yerno ahora.
 Aunque ha venido ya bula y licencia,
 sospechas traygo de mayor enredo:
 sacad la espada: y tú las manos atá
 á ese villano. *Belt.* ¡A mí! ¿por qué, señores?

Oct. No despegue los labios, si no quiere
 una lengua de acero, señor médico.

Prud. Por el acero que le dió á Belisa
 mereciera la paga con acero.

Sal. Estese quedo el bellacon. *Oct.* Advierte
 que no está bien en el portal: arriba
 le puedes encerrar en tu aposento.

Yo quiero examinarle. *Belt.* ¿Por qué causa
 me tratis de esta suerte? *Oct.* ¡Oh falso médico!

Prud. Di á quien sirves, villano. *Sal.* Vaya arriba,

señor doctor fingido. *Prud.* ¡Ay, hija ingrata!
Prud. Trae un hacha y tocino. *Belt.* ¡Soy yo negro?
Oct. Mas te quiero por padre que por suegro.

Vanse; y salgan Belisa y Teodora.

Teod. Ya por la dispensacion fueron Octavio y tu padre.

Bel. ¡Tia! si entonces le dieron tanta pena al corazon, ¡cuándo venga qué será? Perder pienso los sentidos.

Teod. Amando, ¿qué mas perdidos? por mi mal lo supe ya.

Bel. ¡Cómo! si en esta ocasion mi padre quiere obligarme, ¿puedo, Teodora, casarme...? ¡Ay terrible confusion!

¿Será bien decir á Octavio el estado de mi mal...? No: soy muger principal, y mucho mi honor agravio...

¡Hablaré algun religioso que lo diga al padre mio...? No: temo algun desvario de su pecho riguroso...

¡Oh, nunca á Lisardo viera! ¡nunca Beltran me curára!

¡nunca el acero tomára! ¡nunca á Manzanares fuera!

En donde van á lavar (Llora.) cuando la córte se viste,

allí ¡honor! manchado fuiste.

Teod. ¡Ya de qué sirve llorar?

Bel. ¡Oh, malditos los papeles, las ternuras, los amores!

¡Oh, lisonjeros traidores!

¡Oh, amigos falsos, crueles!

¿Qué será ahora de mí?

Beltran en alto.

Bel. Ce, Belisa: ce, Teodora.

Bel. ¿Quién nos llama?

Bel. Yo, señora.

Teod. ¿Quién? *Bel.* Beltran.

Bel. ¡Beltran aquí!

Bel. Aquí por mi mal estoy.

Teod. ¡Tú en nuestra casa, Beltran!

Bel. Siempre aqueste premio dan á los que son como soy.

Yo fui no mas de tercero: mas como ha llegado el fallo, no habiendo yo sido el gallo, estoy en el gallinero.

Bel. ¿Cómo te han subido ahí?

Bel. Halláronme en el portal

con Leonor. *Bel.* ¿Qué desigual desdicha! *Belt.* Mucho lo fué.

Conocieron que yo era el doctor que te curaba;

y puesto que yo negaba con invencion que pudiera servir en una comédia,

en donde solo se entiende lo que el poeta pretende para dos horas y média,

no me aprovechó: y así me ataron, y á este aposento me suben á dar tormento:

¡doléos las dos de mí!

Bel. ¡Perdidas somos, Teodora! todo se descubre. *Teod.* ¡Ay cielo..!

No digas lo de Riselo,

Beltran. *Belt.* ¿Cómo no, señora? ¿no ves que soy un gallina?

Teod. Él me ha de echar á perder.

Salte Leonor.

Leon. ¡Ay, señora! ¿qué has de hacer? tu remedio determina:

que Octavio y tu padre airado un hacha encendiendo estan para pringar á Beltran.

Bel. ¿Qué muera un hombre pringado no mas de por ser doctor!

Quando yo astrólogo fuera, esa pena mereciera;

mas no por curar de amores... ¡Belisa, de mí te duele!

Bel. ¿Cómo te podré librar?

Leon. Por la puerta no hay tratar.

Bel. ¿Pues por dó quieres que vuele? ¡Nunca leiste la historia de Fernan Gonzalez? *Bel.* Sí.

Bel. ¿Y de la Infanta que allí ganó tan alta memoria?

Bel. Ya sé que con un vestido de muger librarlo pudo;

pero ponertelo dudo.

Leon. Aquí una llave he traído que hace á aquel aposento.

Bel. Las dos quedáos aquí: he de sacarlo de allí aunque fuese por el viento.

(*Éntrese Belisa, y quítese Beltran.*)

Teod. ¿Dónde aquella loca es ida?

Leon. A donde la fuerza amor.

Teod. Mejor dijeras su honor,
que importa mas que la vida.

Leon. Y aun á tí porque dirá
lo que sabe de Riselo.

Salen Octavio y Prudencio.

Prud. Que lo han sabido recelo....;
mas aqui Teodora está.

Oct. Si ha de dar por fuerza coces,
¿quién duda que han de saber
todo lo que se ha de hacer?

Prud. Ya es de noche. Asi te gocés
que dejes hasta que sea
mas tarde la egeccion.

Oct. Reviéntame el corazon
que la venganza desea.

Echa tu hermana de aqui:
tú, Leonor, ve á tus haciendas.

(*Vase Leonor.*)

Prud. Teodora, puesto que entiendas
lo que no entiendo de tí,
déjame solo un momento.

Teod. Haz tu gusto; ¡y plega á Dios
que no os resulte á los dos
en mas pena y sentimiento!

Prud. Ve con Dios, santa: que ya
se sabe tu hipocresía.

Teod. Quien habla en la honra mia,
¿en la de fuera qué hará?

¿Así te despeña Octavio
con años locos y pocos?

Paud. Vete; y déjanos ser locos.

Teod. ¿Tú eres noble? ¿tú eres sabio?

Vase Teodora; y sale Salúcio.

Sal. Cuando estaba apercebida
el hacha, á la puerta llama
un hidalgo, cuya fama
es ahora conocida
en toda la córte. Abrió:
que no lo pude excusar.

¿Ha de entrar?

Prud. Bien puede entrar;
pero su nombre me di.

Sal. Florencio. *Prud.* No lo detengas,
ni el hacha mates: será
para acompañarlo... *Sal.* Ya

Salen Florencio y Gerardo.

entra. *Prud.* En hora buena vengas.

¿Qué novedad es aquesta?

¿tú, Florencio, en esta casa?

Flor. Con razon te lo parece,
pues mi padre, que Dios haya,

que fué tan amigo tuyo,
de una edad y de una patria,
me dejo la obligacion
de servirte. *Prud.* ¿Qué es la causa
de venirme á ver de noche?

Flor. ¿Que la vergüenza á la cara
pusiese este velo negro..!

Aqui conmigo te aparta.

Prud. Cualquiera cosa que quieras,
seguramente la trata
delante de Octavio, que es
hijo de mi hermano. *Flor.* Estaba
necio por no conocerlo.

El ser vuestra sangre basta:

tenedme por vuestro. *Oct.* Y yo
lo mismo os ruego. *Flor.* Quien ama
dicen que tiene licencia
de hablar sin arengas largas.

Este caballero y yo,
que es Gerardo de Navarra,
que está haciendo en esta córte

los negocios de Tafalla,
hemos visto algunos dias,
y muchos oido en fama,
la hermosura y la virtud
de Belisa y vuestra hermana.

Aunque hubiera los terceros
que era justo; porque agravia
quien ama á su mismo amor
si por sí mismo no habla,
como veis, venido habemos...

Prud. No digais mas: que quien pasa
tan adelante en las obras,
no lo ha de hacer en palabras.

Veis aqui, Octavio, los dos
que mi honrada casa infaman,
que, como el doctor ven preso,
sienten temblarles la barba.
Cierra esas puertas, Salúcio.

Oct. Muy bien has dicho: no salgan
sin que averigües primero
el autor de tanta infamia.

Ger. ¡Señores! ¿qué es lo que hacedis?

Flor. ¿Por qué sacais las espadas,
y con tan feas razones
nos tratáis en vuestra casa?

Oct. Ahora sabreis lo que es.
Ve presto, Salúcio, llama
al doctor fingido. *Sal.* Voy.

(*Vase.*)

Flor. Algun suceso os engaña
á que nos tengais por otros.

Prud. ¿Luego no es tuya la traza
para engañar á Belisa,
recogida un tiempo y casta,
y á la hipocrita Teodora,

con el que aquí te acompaña,
de fingir la opilacion
que ya en cuatro meses anda?
¿y qué un lacayo, ó Beltran,
con gorra y con guantes de ámbar
se finja doctor, y mande
que salgan por las mañanas
al Prado con el acero
que vida y honra me pasa?
Flor. Este que traygo ceñido
á mi me pase hasta el alma
si tal hice. *Oct.* ¿Cómo no?

Sale Sabúcio.

Sal. El hombre que preso estaba,
el doctor digo, ó lacayo,
sin duda alguna almohaza
las mulas de los demonios;
porque ni parece en casa,
ni se sabe de tu hija.

Oct. ¿De Belisa! ¡otra desgracia!

Prud. ¡Mi hija falta con él!

Sal. Beltran y tu hija faltan.

Prud. Dame esa espada, sobrino:

Octavio, dame esa espada:

matar á mi hermana quiero.

Oct. ¿Qué culpa tiene tu hermana?

Flor. ¡Señores! ¡queréis que os diga
quien todo este daño os causa?

pues sabed que el uno de ellos,

que me ha quitado una dama,

me obliga á venir aquí

á quitarle por venganza

á Belisa. De esta suerte

venid, antes que se vayan:

que yo os diré dónde están.

Oct. ¡Caso extraño!

Prud. ¡Cosa extraña!

Flor. Seguidme. *Prud.* ¿Quién es?

Flor. Seguidme.

Prud. Sobrino, tomemos armas.

Oct. Prudencio, con tanto acero
se embotarán las espadas.

Vayanse; y salgan Belisa con capa, espada, sombrero, y vaquero, y Beltran con un manto.

Bel. ¡Oh lo que la noche encubre!

Bel. Gallarda vienes por Dios.

Bel. Trocado habemos los dos

el sér que el hábito cubre.

Bel. Yo llevo gentil galan.

Bel. Yo llevo famosa dama.

Bel. Aquí está Lisardo. *Bel.* Llama:

que no te conocerán.

Bel. Tú has de llamar, que yo no.

Bel. Ah, sí, que soy el que guardo...
¡Ah de casa! ¡ah señor Lisardo!

(Dentro.)

Lis. ¿Llamaron? *Ris.* Sí.

Lis. ¿Quién es? *Bel.* Yo.

(Salga.)

Lis. ¿Quién busca á Lisardo?

Bel. Aquí os espera cierta dama.

Lis. ¡Dama á mí...! ¿cómo se llama?

Bel. Eso no me toca á mí:
habladla, y sabreis quién es.

Lis. ¿Es Leonor?

Bel. ¿No me conoce?

Lis. Vuésa merced no se emboce...

¿Cómo ha venido?

Bel. En los pies.

Salen Riselo y Marcela.

Ris. Déjame, mi bien, que vea
los que con Lisardo están.

Marc. Mujeres: zelos me dan:
¿cosa que Teodora sea?

Ris. ¿Teodora habia de ser,
hermana de un hombre grave?

Marc. ¡Como de esos graves sabe
amor humildes hacer!

Ris. Hablando está con Lisardo:
no tengas zelos de mí.

Marc. ¿Quién viene con ella?

Ris. Aquí está un maneebo gallardo.

Marc. ¡Ah gentil hombre! ¿quién es
esta encubierta señora?

Bel. ¿Son zELITOS? *Mar.* De Teodora.

Bel. No es tan ligera de pies.

Marc. ¿Pues quién es aquesta dama
con quien habla este galan?

Bel. Doña Constanza Beltran.

Marc. ¿Cómo? *Bel.* Este nombre se llama.
Es muger de tanto punto,
que, si sale, lleva mas
de algun caballo detras.

Marc. La cantidad os preguntó.

Bel. Pesará eatorce arrobas.

Marc. ¿No es muy bobo el escudero!
mas desengañarlo quiero
que no está hablando con bobas.

Bel. Si os digo la cantidad,
un cuarteron mas ó menos,
¿en qué os engaño?

Lis. ¡Tan buenos
ojos! descubrid, mostrad

los dos. *Belt.* No, sino los tres.
Lis. ¿No podeis ser tuerta?
Belt. ¡Ay Dios!
Lis. ¡Ea! descubrid los dos.
Belt. ¡Jesus! tiempo habrá despues.
Lis. ¿No sabré yo la ocasion
 por qué venis á buscarme?
Belt. ¿Qué puedo mas declararme?
 digo que os tengo aficion.
Lis. ¿Pues en dónde me habeis visto?
Belt. En mi casa muchas veces
Lis. ¿Que haya aqui tantos jueces!
Marc. ¿Es posible que resisto
 mi zelosa condicion
 sin descubrir esta dama?
Belt. Dirá despues que me ama
 Lisardo, ¡Oh linda aficion!
 mirad si está entretenido
 con el lacayo enmantado.
Lis. ¿Señora! ¿dónde os he hablado?
 ¿dónde me habeis conocido?
Belt. ¡Ay! ¡qué desconocimiento!
Lis. Mucho lo debo de ser.
Belt. Yo os he dado de comer
 mil veces. *Lis.* ¿Extraño cuento!
 ¿Vos á mi? *Belt.* Sí; y aun por mí
 soleis andar á caballo:
 aún otras cosas callo
 por no descubrirme aqui.
 Por vos cierto padre viejo
 no ha un hora que me pringaba.
Lis. ¿Sois negra?
Belt. Soy vuestra esclava.
 Díome una dama el consejo
 de que me viniese así;
 porque, si no, ya tuviera
 la panza como una cera.
Lis. ¡Ay Dios! ¿quién se hallára allí!
Belt. ¿Cómo hallar? burla pesada
 os pudiera suceder.
Lis. Por Dios que debeis de ser
 la bella Malmaridada.
 ¿Teneis marido? *Belt.* Sí allí
 os halláis, Dios me confunda,
 si no os pegan una tunda
 de las mas lindas que ví.
Lis. En obligacion estoy
 á lo que por mí pasais;
 mas como no os descubrais,
 desobligando me voy.
Belt. ¡Ay señor, que disfavores
 tan notables vos me haceis!
 por Dios que no me dejéis
 si habeis de tomar amores;
 y pues tan bien os-serví
 las mañanicas de mayo,

si habeis de tomar lacayo
 no dejéis por otro á mi.
Lis. ¿Es Beltran?
Belt. ¿Pues no lo ves?
Lis. ¿Hay tan extraña novela!
Belt. Calla y burlaré á Marcela:
 que hay grandes cosas despues.
 ¡Ah, señor Riselo! *Ris.* ¿A mí?
Belt. A vos, pues.
Ris. Con tu licencia.
Marc. ¿Tendré con esto paciencia?
Ris. Ya que habeis venido aqui,
 que os descubrais os suplico
 porque aquella dama os vea.
Belt. No puedo. *Ris.* ¿Por qué?
Belt. Soy fea.
Ris. No hay fea con tan buen pico.
Belt. Aun no lo sabeis muy bien:
 no me habeis oido hablar.
Marc. ¿Téngome yo de matar
 porque éstos hablando esten...?
 ¡Fuera, digo! ¡vive Dios
 que os habeis de descubrir!
Belt. ¡A mí! ¿se me ha de decir
 tal desacato por vos?
 A la niña, á la beata,
 á la frayla del cordon...
 ¡Ay, Jesus! ¿qué tentacion...!
 ¿qué me tira...! ¿qué me mata...!
 ¿qué me destoca. *Mar.* ¿Quién eres?
Belt. Beltran soy. *Marc.* ¿Beltran!
Belt. ¿Pues quién?
Lis. A mí me burló tambien.
Ris. ¿Demonio en las burlas eres!
 Cúbrete, que viene gente.
Flor. Metéos bien en el portal.

(Dentro.)

Lis. Acá vienen. *Ris.* Algun mal
 temo. *Belt.* No huyas, detenté.

*Salen Prudencio, Octavio, Salúcio
 y criados armados, Florencio y
 Gerardo.*

Flor. Esta es la casa. *Ger.* Aquí estan.
Flor. Llama á esa puerta, Gerardo.
Ger. No hay que llamar: que á la puerta
 deben de estarte aguardando.
Prud. ¿Quién va?
Lis. ¿Quién pregunta quien?
Prud. Un hombre noble agraviado.
Lis. ¿Es Prudencio?
Prud. Y sin prudencia:
 ¿eres por dicha Lisardo?
Lis. Yo soy, señor, á quien buscas.